

**Espiritualidad
para una
ECOLOGIA
CRISTIANA
INTEGRAL**

+ Mons. CARLOS GONZALEZ
Obispo de Talca

**Espiritualidad
para una
ECOLOGIA
CRISTIANA
INTEGRAL**

**+ Mons. CARLOS GONZALEZ
Obispo de Talca**

Espiritualidad

para una

ECOLOGIA

CRISTIANA

INTEGRAL

Derechos reservados,
Inscripción N° 73.709

Editado por el AREA DE COMUNICACIONES
de la Conferencia Episcopal de Chile.

Distribuido por LIBRERIA PASTORAL
Erasmo Escala 1822, tercer piso, teléfono 698 0550.
Casilla 517-V, Santiago 21.

INDICE

INTRODUCCION

I.

EL HOMBRE ES "UNO" CON
LA NATURALEZA Y AL MISMO
TIEMPO "OTRO" POR LA CULTURA

II.

JESUS, NATURALEZA Y CULTURA

III.

LA IGLESIA Y LA CULTURA

IV.

EVANGELIZACION Y
BIENAVENTURANZAS

EPILOGO

INTRODUCCION

Talca, 4 de octubre de 1989

Por encargo del Comité Permanente del Episcopado y a petición de la Venerable Orden Franciscana y de RENACE, Red Nacional de Acción Ecológica, entrego estas reflexiones sobre cómo entender la Ecología en forma cristiana integral.

Este documento se publica el día 4 de octubre, en la fiesta de San Francisco de Asís, quien ha sido declarado patrono de la Ecología por su Santidad Juan Pablo II el 29 de noviembre de 1979.

Espero que ayude a quienes buscan respuestas a tantos problemas que requieren armonía y complementación.

Que San Francisco nos ayude a dejarnos traspasar por el amor a Jesucristo para lograr vivir con amor y ternura en nuestra época apasionante y difícil.

+ CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

INTRODUCCION

El problema ecológico y la cultura de la muerte.

Con alegría y esperanza, la Humanidad contemporánea comprueba cómo se desarrollan la técnica y el progreso; pero, también existen preocupaciones por el progresivo deterioro del medio ambiente. El progreso técnico no siempre contribuye al progreso humano. La violencia ejercida sobre la naturaleza, la destrucción del mundo del hombre, la falta de solidaridad y el consumismo son otras tantas manifestaciones de la poca responsabilidad con que los hombres intervienen en el mundo. La naturaleza parece agotada en algunos aspectos y la crisis energética manifiesta nuevos problemas para las futuras generaciones humanas.

El problema ecológico está profundamente relacionado con la cultura. La relación de los hombres con su entorno depende de la relación de los hombres entre sí. La Ecología es un problema político y cultural. Por eso, no es apropiado hablar de

Ecología sin hablar de cultura. Y esto, me parece que hoy es mucho más urgente por la existencia de una cultura de muerte, que destruye la vida de los hombres en nombre de progresos técnicos, económicos, políticos o sociales.

La cultura de vida que nos propone el Evangelio

Ante el peligro de esta cultura de muerte se necesita enfrentar la alternativa de una cultura de vida, surgida del Evangelio, del anuncio y de la realización del Reino de Dios que presenta Jesús.

Necesidad de una espiritualidad de vida y celebración.

No sólo se trata de hacer un llamado a la responsabilidad. La responsabilidad sin espiritualidad frecuentemente cae en el legalismo. Más bien, quisiera ahondar en la espiritualidad cristiana para tratar de encontrar en ella las raíces de nuestro gozoso estilo de vivir estas realidades.

El hombre es polvo, pero polvo sagrado. Dios le ha dado las llaves de la tierra. Todo lo ha sometido bajo sus pies. Y esta es una vocación para el hombre. Una vocación que no siempre ha sabido llevar a cabo para que la creación entera cante la gloria de Dios.

El pecado del hombre ha sometido, en muchas ocasiones, la obra buena de Dios a la esclavitud y al vacío. La desarmonía ha crecido en paralelo con el pecado. Quiriendo ser Dios, el hombre sólo se ha convertido en aprendiz de brujo, al que se le desbochan sus propios inventos y se vuelven contra él... y en contra, también, de los demás.

Cuando afirmamos el seguimiento de Jesús que -como decía San Irineo- retoma de nuevo la creación, no hacemos otra cosa que afirmar el itinerario realizador de nuestra vocación, que San Pablo expresaba como "que todas las cosas sean vuestras, vosotros de Cristo y Cristo de Dios" (1 Cor. 3, 22b-23). Este esperanzador mensaje de armonía que el cristiano ha de vivir y celebrar es alegría y buena noticia para los hombres. Y también para el mundo, que espera con anhelo la manifestación gloriosa de los hijos de Dios en unos cielos nuevos y una tierra nueva, donde more la justicia, esta misma tierra nuestra que se hallará en paz y reconciliada en Jesucristo (Col. 1:20-21).

Vivir y celebrar este mensaje gozoso es la espiritualidad. Con estas reflexiones quisiera que los cristianos recibieran un llamado para que la no-solidaridad no se haga fuerte entre nosotros y con el mundo que nos rodea. Quisiera contribuir a que la hermandad y la compasión tengan cabida en nuestro

corazón y en nuestras estructuras. En una palabra, quisiera colaborar a que la humanización del hombre se vaya haciendo más patente y real, de forma que al cultivar la tierra se cultive a sí mismo; así, al trabajar, el hombre se hace a sí mismo (Juan Pablo II, Laborem Exercens).

El camino de las Bienaventuranzas.

Como creyente y seguidor de Jesús, pienso que esta aventura humana sólo se puede recorrer en el espíritu de las Bienaventuranzas. Sólo en ese espíritu se puede poner freno a la violencia de la destrucción ecológica y cultural que se presenta cubierta con la piel de oveja del progreso, pero que detrás esconde al lobo de la irracionalidad del beneficio egoísta. Sólo en el espíritu de las Bienaventuranzas podremos poner un freno a esa cultura de muerte, que permite a cualquier “fabricante de herramientas” destruir la humanidad del hombre. Sólo en ese espíritu podremos dar a luz un mundo digno del hombre, lleno de justicia solidaria y de ternura, en el que se bendiga la vida como un regalo de Dios.

La creación y el pecado: armonía y desarmonía

Finalmente, deseo recordar a los hombres que escribieron la Biblia narrando el misterioso acto de

la creación. Ellos habían tenido una experiencia de la Alianza de Dios con su Pueblo y sabían que el amor de Dios va más allá de las infidelidades personales o comunitarias.

Estos escritores han verificado cómo Dios ha ido recreando la vida en un continuo proceso de promoción. Dios va poco a poco separando, distinguiendo, definiendo los elementos que forman una vida de hombres en todos sus aspectos, los va armonizando para ir creando el equilibrio. Es por eso que, al hablar de la creación, los autores del Génesis la presentan como un acto de separación de elementos que el Creador va progresivamente distinguiendo y definiendo, hasta que cada cual va encontrando su lugar y su función en el conjunto.

Este largo proceso, que va del caos a la armonía, es coronado al final por el que va a ser el responsable en el mundo de cultivar esta armonía: el hombre. Este vive también en su intimidad interior y en su realidad de pareja humana la invitación de Dios a recrear la armonía. Para poder responder a esta invitación tendrá que estar escrutando en su propia vida y en la vida del mundo lo que es el proyecto de Dios sobre su creación.

El hombre es la mayor creación de Dios.

Dios vuelca su propia realidad en el hombre, y lo hace de tal manera que puede decir esa palabra tan rica y comprometedor para el hombre: "te he hecho a mi imagen y semejanza" (Gén.1,26). Nada en la creación refleja de manera tan rica al Creador como lo hace el hombre. En ninguna creatura se reconoce Dios a sí mismo como en el hombre. El hombre, como las demás creaturas, da gloria a Dios ya por el solo hecho de existir. Pero no sólo eso: el hombre dará gloria a Dios existiendo a la manera de Dios: libre y creador. Y libre y creativamente está llamado a entrar en una Alianza con Dios para, en su nombre, mantener y promover el orden y la armonía iniciales que hacen decir a la Biblia: "Y Dios vio que era bueno" (Gén.1,10) frente a cada paso del proceso creador.

En uno de los relatos de la creación se nos presenta a Dios comunicando su soplo de vida al hombre que lo acoge y adquiere autonomía: el soplo de Dios se hace su propio aliento vital. Así podrá decidir por Dios o contra Dios. Y el hombre, alucinado por el mal, pierde su armonía con Dios y esto lo devuelve al caos original, tanto en la relación consigo mismo, como con su pareja y con la naturaleza puesta en sus manos. La creación se desar-

ticula de su origen, porque el hombre por el pecado, ha abierto una compuerta por donde entra el mal que rebasa del hombre hacia la creación toda. Mientras el hombre no vuelva a descubrir los caminos de la armonía con Dios, el mal seguirá su acción destructiva, desarmonizando un mundo que había sido creado como una gran sinfonía.

Jesucristo muestra el rostro de Dios

"Y Dios tanto amó al mundo que nos entregó a su propio Hijo" (Jn. 3,16). Jesucristo, la fidelidad de Dios que viene a habitar entre nosotros, es su bondad que se hace cercana y cálida. En él descubrimos el rostro verdadero de Dios, pero también el rostro auténtico del hombre reconciliado con Dios y con el hombre. El es el camino que conduce el mundo caótico a la gran armonía querida por Dios. Aceptarlo a él en su aparente fracaso, en su maravillosa victoria, en sus llamados, en su testimonio de amor, es abrir un mundo desequilibrado e inestable a una esperanza invencible. Es volver a hacer posible, hablando en un lenguaje actual, el equilibrio ecológico que se puede hacer sólo cuando el hombre se vuelve a Dios en un diálogo filial y fiel, para así descubrir el lugar y función de cada elemento de la vida en el gran sistema universal del cosmos.

I.
**EL HOMBRE
ES "UNO" CON LA NATURALEZA,
PERO AL MISMO TIEMPO "OTRO"
POR LA CULTURA**

El hombre es un ser natural.

Los hombres, tal como son los demás seres vivientes y el mundo mineral que nos rodea, somos naturaleza. En lenguaje bíblico el hombre es modelado por Dios tomando para ello el polvo de la tierra. Dios no toma greda, elemento más cercano a la cultura. El escoge el polvo porque nos quiere hacer sentir, hasta en la médula de nuestros huesos, nuestra relación viva con aquello que es lo más cósmico. Dios desea que lo sintamos y lo mantengamos vivo en el recuerdo. Somos naturaleza y negarlo sería negar nuestra condición humana, nuestra identidad en la armonía del universo.

Si queremos prescindir de la naturaleza, si vamos contra ella de manera arbitraria, estamos queriendo salir de nosotros mismos y nos atamos a nosotros mismos. Herir la naturaleza es auto-destruirse, porque somos parte de ella. "Si echas de ti la naturaleza, ella volverá al galope", dice un escritor. Imposible ser hombre si no tomamos en serio, si no asumimos profundamente esta dependencia existencial con la que nacemos sin haberla buscado ni elegido, pero a partir de la cual tenemos que vivir y hacer surgir nuestra vocación a la libertad que nos lleva a vivir con plenitud nuestra realidad humana y cristiana. El hombre es naturaleza e historia. Con su naturaleza está llamado a forjar su historia.

El hombre es además un ser cultural.

Pero somos "animales desnaturalizados". Sin salir de la naturaleza tenemos un principio nuevo que nos hace ir más allá, trascender la naturaleza sin dejarla o abandonarla. Frente a las cosas que son puros objetos, el hombre se sabe sujeto. Se sabe racional y libre. Se sabe espíritu y por sólo ese elemento nuevo y único del hombre, somos colocados frente a la naturaleza sin por eso abandonarla.

En la Biblia el hombre formado del polvo

cósmico, que lo hace único con la naturaleza, es invitado por Dios a poner nombre a los seres vivientes y a someter y dominar la naturaleza y así, Dios mismo crea dos brechas entre el hombre y la naturaleza a la cual pertenece. Son las brechas o separaciones de la palabra y el trabajo humano: nace el llamado a la cultura, que es lo propio del hombre. Y en este maravilloso intercambio la naturaleza que "naturaliza" al hombre es "hominizada" por él, que la hace entrar en el ámbito del lenguaje y del trabajo. Y, porque el hombre pertenece a la naturaleza, es llamado a humanizarse humanizándola, haciéndola su casa familiar. El hombre, polvo modelado de la tierra, ha recibido el soplo de Dios, un don especial que lo hace privilegiado e "imagen y semejanza de Dios" (Gén. 1,26). El soplo de Dios es su alma que ha llegado a convertirse en su propia respiración, en aquello que lo hace vivir en la nueva dimensión del hombre. El soplo de la palabra, de la libertad y la creatividad estarán condicionados por su situación a la naturaleza con sus leyes y su ritmo.

Es preciso redescubrir la solidaridad inicial con la naturaleza y con Dios.

Si queremos descubrir y vivir nuestra vocación de hombres tenemos que tomar en cuenta y descu-

brir y vivir esta dependencia a la naturaleza. Para ir al descubrimiento de nuestra vocación de seres humanos, debemos así retroceder hasta nuestros orígenes, hasta esa dependencia de la naturaleza y de Dios que debemos redescubrir permanentemente, en conjunto con el espíritu. El hombre realiza la síntesis de la naturaleza y del espíritu, principio vivo de la cultura. Sumido en esta realidad, aceptándola libremente y reconstruyendo en un permanente proceso vital esta síntesis, que es nuestra historia, vivimos como hombres. Darle su lugar a cada uno de estos elementos que son nuestros, armonizar los claroscuros de la naturaleza y la cultura, será parte esencial de nuestra tarea humana.

La naturaleza y la vida tienen ritmos que hay que respetar

El hombre descubre que debe tener en cuenta el ritmo de la naturaleza y se da cuenta que necesita vivir haciendo esta síntesis donde siempre habrá tensiones e interrogantes. Descubre que este ritmo es un elemento permanente en la construcción del mundo y de cada hombre.

Ayudará revisar nuestras experiencias personales en cada invierno de nuestra vida: los árboles sin

hojas, descoloridos, sin el murmullo de las hojas al soplo del viento, sin el zumbido de las abejas en busca de las flores, nos dan, a primera vista, una sensación de falta de vida, de un silencio radical como el de la muerte y nos devuelve la imagen de nosotros mismos en los momentos de vacío y de dolor. Nos dejan melancólicos. Pero sabemos que esto es sólo apariencias. Que la vida bulle al interior y que, bajo esas apariencias silenciosas, está todo el trepidar de la vida que elabora pacientemente una nueva explosión de flores y frutos. Bajo la austera corteza está concentrada toda la exuberancia de colores, perfumes y formas del verano. Para poder un día brillar en todo su esplendor y su productividad, el árbol ha necesitado la etapa austera y fría del invierno. Sin invierno, no hay verano, con excepción de los países tropicales. Romper este ritmo de armonía es romper la vida y crear problemas de subsistencia, que hieren a toda la raza humana. Se requiere respetar o se corre el riesgo de morir. Este ritmo del invierno y del verano es todo un camino pedagógico del hombre: no podemos dar vida, hacerla brotar, si no somos capaces de hacer de nuestra vida el invierno, es decir, el recogimiento de todas nuestras potencialidades en la reflexión, en la vida interior aceptada y vivida en serio, como una condición para que nuestra vida sea armonía. Pero aún más: este

ritmo de inviernos y veranos nos lleva a descubrir que las fuerzas oscuras y misteriosas del invierno, imagen de lo que es la naturaleza misteriosa, oscura, a veces impenetrable, son imprescindibles para poder vivir las luces, la transparencia y la claridad del mundo de las ideas que van construyendo el espíritu de la cultura. La naturaleza es pródiga en estos ritmos llenos de sentido: noche y día, inspiración y espiración, sístole y diástole, invierno y verano. Ellos nos van mostrando caminos de la vida humana cuando hacemos la síntesis vital con el soplo del espíritu.

Hombres del siglo XX, rodeados de todos los productos imaginables del arte y la industria humana, de la ciencia y de la técnica. Impactados por la exaltación que nos produce la conciencia y la experiencia del poder creador o re-creador de la cultura, perdemos de vista la naturaleza y creemos ingenuamente poderla manejar e instrumentalizar sin respetar fronteras.

Ella nos desconcierta, nos toma desprevenidos. Muchas veces parece que hemos llegado a creer que la naturaleza se ha convertido en un mero recuerdo de una etapa sobrepasada; pero ella vuelve al galope y, a veces, destruye, hiere y se hace agresiva. No es casualidad sino resultado del olvido de armonizar, en nosotros mismos y en el mundo que nos rodea, la

naturaleza y la cultura. Hipnotizados por el brillo de la cultura se ha postergado la naturaleza, generando un descalabro en la vida humana. Es la "venganza" de la naturaleza. La postergación de la naturaleza es un mal que afecta a la vida física, intelectual y moral de los hombres y mujeres insertos en ella.

La población humana nace y se desarrolla en un sistema interrelacionado y toda explotación irracional de la naturaleza lleva al hombre a ser la víctima de esta degradación.

El progreso científico y el desarrollo económico, por extraordinarios que sean, se volverán contra el hombre y la naturaleza si no hay un crecimiento y un equilibrio de lo moral y lo social en la humanidad y en las personas.

El hombre es responsable de la armonía de su mundo.

El mundo humano está llamado a la armonía y el hombre debe asumir su rol de organizar o dirigir esta gran orquesta para asignarle a cada elemento su lugar, su papel y su duración. Esta armonía no se crea por la eliminación de elementos, sino por la equilibrada integración de cada uno en el gran concierto de la humanidad. Aun aquellos elementos que nos duelen y que quisiéramos marginar, porque nos

devuelven la imagen de nuestra propia fragilidad, si son colocados armónicamente en el conjunto, son un aporte al maravilloso equilibrio del mundo.

“Me acuerdo de una bella flor. Era en Africa. Yo la había sorprendido una mañana, a la hora en que el sol toma posesión del cielo. No estaba aún abierta. Era sólo un botón ebrio de savia, dilatado y viviente, tendido hacia la luz cálida. Sólo una hebrita minúscula retenía aún los pétalos. Unos minutos más y yo iba a ver nacer una flor. Quise ayudarla. Con infinita dulzura la quise liberar de la hebrita que la retenía y así liberar la vida. La flor se abrió. Pero el extremo de los pétalos, que yo había rozado, aparecía como marchito. No era aún el momento. Era necesario esperar, respetar la caricia del sol, el ondular del aire tibio, respetar el ritmo de la vida”... Así habla Jacques Leclerc de su experiencia de haber descubierto el llamado a ser el señor de la naturaleza, llamado de la creación, pero sabiendo respetarla, acogerla en su propio ritmo, en la paciencia. Porque esta experiencia es la de la paciencia de la naturaleza, una paciencia inscrita en las cosas mismas, en el proceso de la vida, paciencia que, violentada por la cultura, da una vida a medias, una vida herida en su intimidad más profunda, desvalorizante, porque está desvalorizada. Paciencia que es también como una parábola de la vida humana,

porque la paciencia es hermana de la esperanza y es necesario creer que todo hombre es una promesa abierta en el mundo para esperar pacientemente que brote en él lo que esperábamos, so pena de “madurarlo a la fuerza”...y que tenga “mal gusto”.

Responsabilidad supone libertad y conciencia.

Esta paciencia radica en la naturaleza, sus procesos y ciclos; y son todos elementos que persisten en el hombre, elementos del cosmos y que son tomados por dentro, asumidos por nuestra libertad para darle una nueva dimensión en armonía. Es una libertad; pero también es una obligación humana de tomarnos en serio, responsablemente. Es la obligación de hacernos cargo de nosotros mismos para entablar un diálogo comprometido con el mundo. El animal “soporta” la naturaleza, el hombre la interroga y se deja interrogar por ella y la respuesta a este diálogo es la cultura, obra propia y única del hombre. Cultura que no deja a un lado la naturaleza, sino que la transfigura con la luz del espíritu para así humanizarla.

La violencia de la naturaleza, señal de un mundo inacabado, y la violencia del hombre: un mundo destruido.

La naturaleza tiene su armonía, pero en esta naturaleza armoniosa aparecen notas violentas: basta ver los animales de presa, los grandes vendavales, los terremotos y las aguas que inundan a nuestros campos. Violencia inocente, en el más genuino sentido de la palabra: no es una violencia destructora en sí. Es parte del gran concierto de la construcción del mundo que no está acabada. El hombre debe enfrentarla de tal manera que se transforme en un lenguaje fraternal para el hombre. Merleau Ponty dice: "Nosotros los hombres acabamos en una palabra precisa el confuso discurso del mundo". Pero cuando el hombre hace entrar su violencia en el mundo, en lugar de hacer entrar el diálogo que escudriña, revela, comprende, construye en el respeto de la diferencia, entonces, porque la del hombre es una violencia destructiva, hace más aún confuso "el discurso del mundo". La violencia del hombre que entremezcla la falta de respeto frente a la realidad, la avidez del tener, la impaciencia de la eficiencia rápida y casi mágica, violenta la naturaleza y la desarmoniza, y con ello se desarmoniza a sí mismo. Así, por la acción de la violencia humana, marcada por las oscuras fuerzas del deseo de poder, de la avidez, del egoísmo, la naturaleza puesta al servicio del hombre, se vuelve contra él.

Dinámica de la bondad y del pecado. Búsqueda de la armonía.

Dios no es sólo un fabricante del mundo. El colocó amor, ternura y bondad en la creación.

El pecado trajo el desajuste de la creación, que aparece amenazada por las bombas atómicas, por los misiles y por una concepción destructora de la vida que se pretende justificar como una defensa de la vida amenazada por otras violencias y agresiones. Hemos entrado en un círculo vicioso en el cual los hombres y mujeres de esta tierra se han transformado en víctimas de sus propios mecanismos de defensa.

La Ecología busca la armonía necesaria que debe regir la naturaleza y se trata de un problema de vida o muerte. Si matamos la vida, algo vital también muere con nosotros.

La Ecología estudia la interrelación entre los organismos vivos, plantas y animales, y el ambiente en que se vive. Ciencia apasionante que desea estudiar la variación y la adaptación de los organismos vivos en la realidad ambiental. El hombre es el principal organismo vivo, y si no se logra una armonía verdadera se vive en el peligro de la destrucción.

Aceptar la violencia es rechazar la Ecología humana y significa entrar en la muerte. Destruir la

naturaleza es secar posibilidades de vida y no abordar este problema será buscar soluciones fáciles, pero no verdaderas. Es una situación que va más allá de la emoción que desea salvar los bosques, liberarnos de la erosión de la tierra y de la destrucción de las especies.

El destino del mundo natural y cultural es responsabilidad de la Iglesia y de los cristianos.

Dios nos ha dado la capacidad de darle destino a las cosas y por eso tenemos inteligencia, libertad y responsabilidad que asumir.

La Iglesia y los cristianos no podemos estar ausentes de estos difíciles problemas que están en discusión: el patrimonio ambiental de la tierra y de los mares; los recursos naturales no renovables; los desastres naturales; el derecho nacional o internacional del medio ambiente; el problema del desarrollo; la actividad de la vida en las ciudades y en los campos... Y surgen interrogantes que necesitan respuesta.

Interrogantes para nuestro tiempo.

¿Qué país queremos? ¿Qué destino quisiéramos darle a nuestra comunidad nacional? ¿Cómo

colaborar en una justa repartición de los bienes, de la riqueza?

¿Qué orden establecer para mantener la armonía del universo? ¿Cómo afrontar los problemas de la contaminación ambiental, del smog y de todos los subproductos que matan la vida?

¿Cómo detener la acción de quienes se enriquecen destruyendo la naturaleza que Dios ha creado con amor y al servicio de todos?

II. JESUS, NATURALEZA Y CULTURA

Jesús, un hombre que comprende, expresa y construye el mundo.

A pesar de sus años de trabajo artesanal como carpintero, el lenguaje de Jesús es insistentemente un lenguaje rural, "acampado". El ejemplo de la viga en el ojo propio y la pelusa en el ojo ajeno es uno de los pocos que él entresaca de su experiencia de trabajo en su taller. El campo, por el contrario, aparece tantas veces y de tan variadas maneras hasta el grado que para quienes estamos alejados del contacto directo de la tierra, a veces, puede aparecer poco claro. María, la contemplativa joven campesina, ha educado a su Hijo en la observación y el cariño a la naturaleza y en la interpretación de toda la simbología de la vida humana que ella encierra.

Después, joven y adulto, ha tenido la experiencia de todo "maestro" de aldea que, cuando no está en su taller, está, azadón en mano, trabajando su pedazo de tierra. Acostumbrados, hoy día, a que todo se origina en la ciudad, hemos olvidado que Jesús es un regalo que el campo le hace al mundo. Es fácil imaginarlo, abriendo al hombre a los misterios de su propia vida y a los misterios de Dios, en su lenguaje rural sencillo y comprensible por los campesinos de ese tiempo. En este lenguaje tan arraigado a la naturaleza y al trabajo del campo, no sólo nos revela un gran respeto por sus ritmos, que El observa con cariño y nos transmite con poesía, sino que, además, nos hace entrar en la vida humana a través de esta experiencia del contacto con la naturaleza. Su parábola de la semilla que se desarrolla por sí sola es la defensa del dolor de la paciencia en la naturaleza y un llamado a un pueblo impaciente y que corre el riesgo de quemar etapas, a respetar el ritmo de la vida. Un llamado parecido y lleno de esperanza es el de la parábola del trigo y la mala hierba (Mc.4, 26-29 y Mt.13, 24-36).

Jesús revela a Dios creador y el señorío del hombre.

Jesús no sólo aparece como el contemplativo de

la naturaleza, el hombre que sabe observar, admirar y que se da el tiempo necesario para contemplar y comunicar. Le revela también al hombre su tarea mostrándose Señor de la naturaleza y tratando de orientarla de lo caótico a lo armónico, en función del hombre. Jesús revela la actualidad creadora de Dios en una acción que va en la dirección de distinguir cada elemento, para poder unirlos en la causa de Dios, que es la causa del hombre: hacer de este mundo una habitación humanizadora, constructiva de la vida, en una relación de amor. La acción creadora de Jesús que El realiza con tanta densidad humana, es también la revelación de nuestra propia vocación y tarea. Hechos a imagen de Dios, llevamos inscrita en nuestra carne la vocación de la creación de un modo humano. Ante el terror de los apóstoles frente a la violencia de la naturaleza, Jesús se muestra como el Señor de ella para el bien del hombre (Mc. 4,35-41).

Jesús nos va revelando también cómo la naturaleza no es un bloque ciego o una realidad estática, encerrada en sí misma. La naturaleza está en un dinamismo de evolución y, de alguna manera, el hombre debe sentirse responsable de esta orientación evolutiva. El hombre está llamado a llevar a cabo todo el proyecto interior de la naturaleza y también tiene un llamado de Dios a inventar

y a elaborar siempre una situación más humana, integrada en la naturaleza.

Jesús acepta su condición de ser también natural.

Jesús aparece como un hombre realista, que acepta, como todo hombre, vivir ciertas dependencias existenciales, como son el arraigo a la naturaleza y el hecho de nacer en una situación determinada. Jesús, acepta haber nacido judío, en un hogar de fe judaica, en un pueblo de cultura rural, en cierta época histórica, con sus riquezas y limitaciones, con su sexo determinado. El acepta la condición humana sin restricciones; pero para hacer surgir desde adentro de ella misma, respetándola en la identidad, una manera nueva de vivir, de relacionarse con el mundo natural, con el hombre y con Dios. Dentro de esta actitud básica de Jesús se inscribe su relación al cosmos y a la cultura. Y a partir de esta situación real, Jesús hace surgir lo más propio y valioso que tiene el hombre: la libertad.

Jesús libera todas las cosas de la esclavitud y de la corrupción (Rom. 8,21). El abre un orden nuevo con una liberación de la cual también participa en cierto grado la naturaleza. Jesús nos enseña a admirar la naturaleza, a servirse de ella sin agredirla ni

mancharla. Aún más, El, con su ejemplo, muestra cómo amar la naturaleza en forma respetuosa y profunda.

La Eucaristía, un sacramento de la tierra y del trabajo.

Jesús, al finalizar su vida, hace algo muy importante: nos deja el Sacramento de la Eucaristía. Toma dos elementos que tienen sus raíces en la naturaleza y que son el resultado de la imaginación e iniciativa del hombre: el pan y el vino. Ellos representan la riqueza de la naturaleza y también todo el quehacer creador del hombre. Jesús los toma en gestos llenos de densidad humana: parte el pan y lo comparte, reparte el vino. Partir, romper y repartir, porque toda la naturaleza y la industria humana están orientadas al compartir y al participar.

Naturaleza, actividad creadora, gesto humano, todo se conjuga para llegar a ser la Eucaristía el gran sacramento de Jesús que de tal manera lo identifica, que puede tomar el pan y el vino para decir: "Esto es mi Cuerpo", "Esta es mi Sangre" (1 Cor. 11,24-25). Así, los hombres podrán identificarse con Jesús, que afirma: "quien pierde su vida la salva", y que desea que todos "tengan vida en abundancia".

Jesús realiza así su gran anhelo. El deseo, expe-

riencia del vacío, es también experiencia de acoger y asumir. La Eucaristía es la expresión más profunda del deseo de Jesús de llevar a cabo su misión de liberar al hombre para que se identifique en ese amor recíproco que se llama fraternidad. Así habrá personas libres, solidarias, capaces de dar y recibir para formar “un sólo Cuerpo”, que prolongue el deseo profundo de Jesús: “que todos los hombres se salven” (Jn. 12,47). Así habrá hombres nuevos, tierras nuevas y cielos nuevos, como nos enseña el Apocalipsis. (Ap. 21,1a).

La Eucaristía, símbolo de un mundo nuevo.

Para significar este mundo radicalmente nuevo, Jesús toma como símbolos que significan y contienen en sí todo este proyecto, el pan y el vino. Así la naturaleza y la cultura son las mediaciones necesarias para llevar a cabo el proyecto liberador de Jesús Salvador. Ambas son tomadas por Jesús en el momento central de las revelaciones con toda la intensidad de su deseo. Así, la mediación humana es elevada a ser vehículo de la presencia viva y activa en el mundo. Naturaleza y Cultura, el mundo humano, es así fecundado y, sin perder su identidad, recibe la vocación de Jesús. Así como el Soplo de la creación

toma el polvo cósmico para formar el hombre, así este nuevo Soplo del Creador toma lo que el hombre ha construido para re-crear el mundo. Así Jesús cumple su deseo. No le queda más que sellarlo en la Cruz y la Resurrección. Y a nosotros nos corresponde retomar, para volver a elegir en nombre de Jesús y su deseo, la recreación permanente del mundo en el amor.

Para quienes creemos en la Eucaristía, es un apoyo enorme lograr encontrar en este Sacramento del Amor la síntesis entre la naturaleza y la cultura. En cada Misa se realiza la unidad del mundo, de la vida. El ofertorio, la consagración y la comunión son las etapas fundamentales que van mostrando el valor universal de la Eucaristía, sacramento de amor y de Unidad. En la Eucaristía se sella la solidaridad de Dios con los hombres y con todo lo humano, “toda carne ha recibido del Espíritu” y no sólo toda carne sino que todo lo creado. Es lo que hace exclamar a Teilhard de Chardin: “al contacto de la Palabra sustancial, el Universo, inmensa hostia, se ha convertido, misteriosa y realmente, en Carne. Desde ahora, toda la materia se ha encarnado, Dios mío, en tu Encarnación”, y agrega: “Repíete sobre toda vida que va a germinar, a crecer, a florecer y a madurar en este día: “Este es mi cuerpo”... Y sobre toda muerte que se apresta a roer, a ajar, a cortar, ordena (¡Mi-

nistro de fe por excelencia!): “Esta es mi sangre”.

Así, cada Eucaristía celebrada, aunque sea en el más perdido rincón de nuestra Tierra, se extiende invencible hasta envolverlo todo, universalmente, en un gesto de don, de presencia y de compromiso. Así, cada Misa realiza en forma misteriosa y real la unidad del mundo más allá de nuestras resistencias y movimientos, y así hace de todos nosotros constructores de la unidad.

III.

LA IGLESIA Y LA CULTURA

a) ¿Qué es la Cultura?

La naturaleza y la cultura son dos grandes realidades que están estrechamente ligadas y que pertenecen al patrimonio del hombre. Aún más, “cultura” nos habla de “cultivo”, de “cultivar” y así nos pone en contacto vivo con el mandamiento que recibe el hombre en la creación: “Sean fecundos y multiplíquense y llenen la Tierra y sométanla. Dominen a los peces del mar, a las aves del cielo, a todo animal que serpea sobre la tierra”. El hombre recibe la tierra como materia prima, y respondiendo al llamado de Dios, la cultiva, es decir, crea una cultura, una manera única de enfrentar la naturaleza. Y, al convertirse en sujeto que cultiva, él mismo es cultivado y así nace la cultura: cultivo del mundo que nos cambia, que nos hace entrar en una manera nueva de vivir: la humana. Son dos reali-

dades complementarias y, para el hombre, cultivar su naturaleza personal social y cósmica es su manera propia de existir. La cultura nos hace ingresar al mundo del hombre. Al no haber respuestas coherentes se destruye la naturaleza y se crean culturas de muerte y no de vida.

“La cultura es la manera que tiene el hombre de captar su ser, su cuerpo, su existencia, su arraigo vital, la forma de interpretar el mundo en que habita y de reconstruirlo, de situarse en la sociedad, de vincularse al patrimonio de los antepasados, de dar un juicio sobre los comportamientos sociales, para aceptarlos o rechazarlos”; y en el documento de Puebla se dice que cultura “es el estilo de vida común que caracteriza un pueblo y que comprende la totalidad de su vida”, “el conjunto de valores que lo animan y los desvalores que lo debilitan. En una palabra, la cultura es, pues, la vida de un pueblo”. (cf. 386 y 387, Doc. Puebla).

La cultura es una realidad integral.

Juan Pablo II ha escrito en forma luminosa: “Desde el comienzo de mi pontificado consideré que el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo era un terreno vital donde estaba en juego el destino del mundo en estos finales del siglo XX.

Porque existe una dimensión fundamental, capaz de consolidar o de trastornar en sus fundamentos los sistemas que estructuran el conjunto de la humanidad y de liberar a la existencia humana, individual y colectiva, de las amenazas que pesan sobre ella. Esta dimensión fundamental es el hombre en su integridad. Pues bien, el hombre vive en una vida plenamente humana gracias a la cultura”.

“El concepto de cultura integral, en este mundo en el que la cultura se va cada vez más haciendo el concepto englobante de todo el desarrollo humano, es un arma estratégica de primer orden. Se dirige a una manera plena de vivir, a una aspiración a poner al hombre en el centro de todas sus realizaciones, a descubrir un humanismo del ser, en el que “el hombre vale más por lo que es que por lo que tiene”.

La cultura sintetiza el ser histórico del hombre.

La cultura supone un conjunto de realidades forjadas por el hombre y se dirige en tres direcciones: hacia el pasado, arraigado en la historia y la tradición; hacia el presente, regulando el hoy de la comunidad, sus conductas y actividades frente al hombre; hacia el futuro, abriendo incansablemente espacios de creatividad para recrear, en un proceso que nunca termina, el mundo del hombre. Habrá

siempre tensiones entre pasado presente y futuro. Son tensiones que dinamizan la cultura y debe encontrarse en Jesucristo, el Hombre pleno, el punto de referencia permanente vivo y actual que hace la síntesis y la unidad. Cada cultura siempre posee elementos tradicionales que van conservando el pasado y también aparecen elementos creativos que van soñando el futuro. Será necesario encontrar mecanismos reguladores que vayan armonizando el pasado y el futuro.

Los ancianos tratan de mantener el pasado y los jóvenes van soñando y construyendo el futuro. El gran desafío es obtener una sana regulación entre pasado y futuro que sea capaz de producir una evolución cultural armoniosa.

Lo tradicional, lo regulador y lo creativo, si están bien coordinados, van creando una cultura atrayente y valiosa. Si predomina el elemento regulador se produce una cultura de corte conservador, si prevalece lo creativo la cultura será progresista.

Cuando los comportamientos están por encima de los principios se produce una cultura pragmática. Si prevalecen los conocimientos y la ciencia sobre las actitudes y valores se genera una cultura racionalista.

Siempre irán apareciendo reflejos culturales y modelos culturales que van marcando las diversas

culturas. Todo va influyendo; el modo de vestirse, la habitación, el trabajo, el modo de cocinar, el descanso, las diversiones, la manera de saludar. Existen estilos diferentes para realizar los matrimonios, los funerales y el modo de recibir al hijo que nace tiene connotaciones diferentes en las diversas culturas.

Complejidad de la cultura y exigencia de evangelización.

Una cultura es un conjunto de elementos, puestos por el hombre, para mediatizar sus relaciones consigo mismo, con los otros, con el cosmos, con Dios. Son elementos que afectan al conocimiento, a las creencias y comportamientos. Estos elementos dan nacimiento y apoyo a las diferentes culturas.

Habrán principios integradores y estructuras generadoras en cada cultura. Habrán ejes de emergencias y ejes de conservación en las diversas expresiones culturales. La religión, el arte, la lengua, los símbolos y los ritos van marcando cada realidad de diversas maneras.

Todos estos elementos se encarnan en hombres de diferentes latitudes con historias y razas diferentes. De ahí nacen las diversas culturas y la necesidad que cada pueblo o raza, si quiere conservar su

identidad, cuide, mantenga y salve su propia cultura.

Con toda razón el Papa Pablo VI decía que “el drama de nuestro tiempo es la ruptura entre Evangelio y cultura”, porque finalmente, la cultura es el hombre.

La cultura es una realidad demasiado compleja y difícil de definir, lo cual hace más difícil encontrar las respuestas que se necesitan para “una generosa evangelización de las culturas” (E.N.2).

El tema de la cultura es de una extraordinaria dificultad para ser tratado, por ser un tema apasionadamente ambiguo. Es fascinante y atrayente por sus muchas facetas. Es doloroso, porque presenta problemas aparentemente insolubles; es hermoso, porque busca soluciones de integridad. Deseo repetirlo: sólo Jesucristo podrá dar la respuesta integral y plenamente satisfactoria.

b) La Iglesia y la Cultura.

En Jesús todo está orientado al servicio de la humanización y salvación del hombre. Jesús, en su diálogo íntimo con el Padre, ha descubierto cómo el hombre está al centro del corazón de Dios. El sabe que el Padre ha entregado a su propio Hijo para que sea el Maestro y el Pastor del hombre. Jesús conoce cómo Dios quiere que el hombre mire a todo

hombre como hermano, que se descubra a sí mismo como hijo, que sepa dominar y trabajar para que el mundo sea un lugar donde el hombre viva humanamente, pueda crecer y desarrollarse. Jesús está consciente de este gran proyecto de Dios. Se entrega por entero y llama a otros hombres a ser sus amigos y colaboradores de este proyecto. Así nace la Iglesia que continúa “extendiendo y comunicando” la presencia y las intenciones de Cristo Jesús para todos los hombres de todos los lugares y de todos los tiempos. Nada de lo que es humano le es ajeno, como tampoco le fue ajeno a Jesús de Nazaret, reconocido como Hijo de Dios, el Señor.

Por esta razón la cultura, realidad única del hombre, tiene un lugar especial en la vida de la Iglesia. La preocupación y responsabilidad de la Iglesia por las culturas verifica su real servicio al hombre y a los proyectos de Dios sobre la humanidad que hemos conocido por Jesús de Nazaret.

La Iglesia, mirando su historia y su experiencia, se descubre como un laboratorio, donde por siglos se ha ido elaborando toda una gama de culturas y se siente responsable de ello. La razón está en que la Iglesia tiene un ideal de hombre entregado por Jesús, único punto de referencia para llegar a ser hombres auténticamente humanos.

Pero, en la realidad de diferentes culturas, la

Iglesia necesitará siempre descubrir que está llamada a romper los muros invisibles contruidos por diversas culturas y que impiden la unidad tan deseada por todos. No es la uniformidad sino la aceptación de diferencias para aprender a “convertir las oposiciones en diferencias complementarias”. Jesús, dice San Pablo, vino a derribar, definitivamente, el muro que separaba a los pueblos, muro que destruyó “en su propia carne”.

Es una gran responsabilidad de todos los que formamos la Iglesia. La cultura es lo propio del hombre, la Iglesia es un laboratorio de cultura, la unidad de las diferentes culturas en un diálogo creador y promotor del hombre. Es tarea que se integra en la gran vocación de la Iglesia de ser constructora de la unidad. Es una misión que la Iglesia vive por Jesús y en su nombre. Es una consecuencia derivada del Evangelio.

IV. EVANGELIZACION Y BIENAVENTURANZAS

Deseo dar testimonio que esto que escribo brota de mi fe en Jesucristo como verdadero Dios y verdadero hombre. El es el rostro humano de Dios, el Hijo de Dios encarnado en nosotros. Siempre será grave la tentación de tomar sólo lo humano de Jesús, hombre perfecto y ponerlo al servicio del hombre dejando a un lado su Divinidad.

Jesús y la cultura

Jesús entra en el campo de la cultura con su propia realidad cultural, con su realidad humana. El es verdaderamente hombre y en su propia carne hace brotar una cultura nueva, una manera nueva de ser hombre con los hombres y en el mundo. Jesús vive su calidad de hombre en una fe absoluta y total en el Padre, su vida es apertura al Padre, es descen-

trarse de sí mismo para centrarse en El. También es el hombre que tiene fe y confianza en el hombre, imagen y semejanza de Dios.

El Evangelio es la presencia encarnada de Jesús “la benignidad y el Amor de Dios” (Tito, 3,4), Salvador de toda la humanidad. La Buena Noticia del Evangelio es que el hombre y su realidad total puede vivir en apertura a Dios, en solidaridad con el hermano o en una manera nueva de asumir la vida y el mundo en sus manos. Es el germen de una nueva manera de vivir en sociedad, con cambios profundos para todos. Es una llamado a convertirse acogiendo este mensaje que libera, que llega a lo más profundo para traer la alegría; pero este mensaje no puede vivirse sin hacerlo llegar a todo lo que conforma la vida humana.

El Evangelio de Jesús, exigencia de vida más auténticamente humana.

“Toda Palabra pronunciada en la Iglesia debería responder a todas las súplicas, a todos los gritos de la condición humana, a todas las situaciones. Si no es así, ya el Evangelio deja de ser la Buena Noticia anunciada a los pobres y se paraliza en un lenguaje oficial, abstracto, absoluto, inflexible. Probablemente se gana en buenos y sólidos principios y en

leyes generales que, si bien son necesarias, son siempre insuficientes. Pero, se pierde ese prestigio-so poder del Evangelio, esa dulzura, esa presencia apaciguadora y liberadora donde cada uno se sabe tocado en su conciencia personal, su secreta lucha, su libertad herida, su amor destruido... No es difícil vivir como cristiano. Lo que es difícil es vivir. La fe cristiana está para facilitar la vida. Para simplificarla. Porque el Evangelio es simple. Lo que nosotros a veces hemos hecho del Evangelio es lo que lo hace a veces complicado y tan difícil de vivir” (Jacques Leclerc). Nuestra realidad de cristianos es acoger a Jesús, Señor resucitado, nuestro Hermano, en toda la luminosidad de su vida y de su palabra, acogerlo y comunicarlo y extender su mensaje al mundo concreto de hoy, para que el hombre pueda hacer surgir la alegría, la paz, ofreciéndose a hacer el don de su vida para que la vida brote en “un manantial de vida eterna” (Jn. 7,37-38).

El Reino que anuncia Jesucristo.

Jesús anuncia la Buena Noticia diciendo que el Reino de Dios está en medio de los hombres. El describe el Reino por medio de parábolas y así nos va haciendo entrar en El. Las parábolas nos aproximan al misterio del Reino, nos dan la entrada por

diferentes puertas. El Reino no se agota, entrar en El es abrir puertas una tras otra, para ir descubriendo el misterio de la vida. Pero nunca podrá olvidarse que Jesús dice: "Yo soy la puerta" y quien no entra por esa puerta es ladrón o salteador (Jn.10,7). De una vida, la vida de Jesús que es nuestra vida, El nos hace descubrir el Reino como algo que está escondido a los ojos: "lo esencial es invisible a los ojos" (Saint Exupery, El Principito). Todo está de tal manera unido a la trama de la vida del hombre, a su cultura, que como levadura en la masa, hace fermentar toda la masa, aunque, a simple vista, no se distingue. El nos habla del Reino como algo que, escondido, una vez descubierto supone "vender" muchas cosas para poder "comprarlo" adquiriendo el terreno donde está internado. Vemos a Jesús casi como uno más en medio de los hombres, distinguible sólo para los que lo miran con los ojos de la fe. Así lo descubrimos como Alguien que nos exige liberarnos de lo que nos ata para poder ser sus seguidores. El es el tesoro escondido.

Entrar al Reino con un corazón puro.

El Reino es anunciado por Jesús bajo la forma de un banquete de bodas (Mt. 22,2-3) y nos llama a descubrirlo como una realidad social, comunitaria,

que es compartir, es diálogo y también es fiesta. Para entrar en este banquete hay que llevar el traje de fiesta, es decir, tener el corazón abierto para escuchar la vida, descubrir los signos de esperanza, dar gracias, entrar en la alegría y en la paz. Llevando el traje de fiesta vamos a poder contribuir a que la fiesta sea viva y signifique abrir horizontes de esperanza. El "agua-fiesta" es el que quiere entrar sin sacrificar su negatividad, su orgullo, su capacidad de destrucción y su falta de respeto por el hombre. El banquete de bodas es la celebración de llegar a ser un solo cuerpo en amor y fecundidad. Es Jesús que viene a colocarnos su traje de fiesta y revelar signos de vida y esperanza.

El Reino crece lento pero poderosamente.

El Reino comienza simplemente, sin grandes números, sin gran aparataje, sin poder, como la semilla de mostaza, pero crece invenciblemente y se abre a todos los que en El quieren hacer su morada, porque el Reino no tiene ni pone límites. Es apertura, disponibilidad a todos los hombres de buena voluntad. Es el retrato de Jesús que sabe reconocer la bondad escondida, la esperanza aún no revelada en Zaqueo, en el soldado romano, en la prostituta, y sabe acogerlos sin prejuicios, ni temores. Es como

ese campo sembrado de trigo enmalezado en que las raíces de la maleza están casi confundidas con las del trigo. Hay que esperar pacientemente hasta que llegue el cosechador. Hay que ir muy despacio en nuestro servicio al hombre, porque las raíces del Reino están tan confundidas con el pecado, que corremos el riesgo de, queriendo suprimir el mal, arrancar también el bien.

Hay que buscar el Reino.

Así, y de muchas otras maneras, Jesús nos va hablando en su lenguaje simple y humano, marcado por su cultura agraria y artesanal, del Reino y nos lo va mostrando como algo que ya está. Está como germen, está marcado por la ambigüedad humana, está escondido a simple vista, como apariencia de una fiesta fracasada; pero está para que lo descubramos y lo hagamos nuestro y lo cultivemos. Y Jesús nos ha prometido que si lo buscamos primero que nada, si nos comprometemos en buscarlo y llevarlo a la plenitud, todo los demás se nos dará por añadidura. Y el gran regalo será la alegría, la felicidad.

Las Bienaventuranzas, caminos al Reino.

En este dinamismo de Jesús por evangelizar al

mundo se presentan LAS BIENAVENTURANZAS. Son orientaciones vividas por Jesús y comunicadas por El a sus amigos, para poder alcanzar la felicidad por el único camino que conduce a ella: la vivencia activa, creadora, vital, del Reino. Nosotros los hombres somos buscadores incansables de felicidad, de un modo donde la cultura del consumo ha deteriorado las relaciones humanas, la relación con el mundo de la naturaleza, con Dios mismo. Necesitamos con urgencia beber en el Jesús de las bienaventuranzas, el agua que da paz, que purifica y abre caminos para una vida nueva. Jesús, gran sacramento del Reino, esa persona en la cual el Reino se revela, está con nosotros. “El Reino de Dios está en medio de ustedes” (Lc. 17,21).

“El Gran Evangelizador” viene a ayudarnos para que podamos ser verdaderamente evangelizadores y superar los espejismos e ilusiones que llevan a una cultura de muerte y destrucción.

Las Bienaventuranzas y los grandes problemas de hoy.

En las Bienaventuranzas Jesús aborda los grandes problemas de hoy y de siempre: la pobreza y la miseria; la violencia, la injusticia, la liberación, la comprensión, el perdón, el odio y el amor. El plantea

el problema de la guerra y de la paz. Son las realidades que entretujan las relaciones humanas y construyen las culturas y civilizaciones de todos los tiempos.

Las antibienaventuranzas: signos de muerte.

Jesús presenta también las antibienaventuranzas “Ay de vosotros ricos, porque ya tenéis consuelo; Ay de vosotros los que estáis satisfechos, porque tendréis hambre; Ay de quienes ahora se ríen, porque gemirán y llorarán y cuidado cuando los alaben todos los hombres, porque así alababan sus padres a los falsos profetas” (Lc. 6, 27-29).

Estas antibienaventuranzas son las experiencias de realidades que ponen en crisis la verdadera cultura y pretenden colocar un orden falso en la sabiduría del plan de Dios,

Vivimos signos de muerte.

Vivimos rodeados de signos de muerte. Las armas, en las manos de los que la tienen y las enarbolan y despliegan en actividad destructora. Las armas deseadas y pensadas a veces por los que no la tienen, como único medio de defender la vida. La

tortura en todas las gamas, las físicas, las psicológicas, pero también la torturante situación del hombre que no tiene cara de llegar a su casa sin nada en las manos para su familia. Es la desesperanza del joven que está sin encontrar destino a su propia vida de joven. Es la angustia del enfermo y de su familia que, tras largas semanas de espera, es atendido en hospitales que muchas veces no tienen lo mínimo necesario para cuidarlo y devolverle la salud.

“Las consecuencias psicológicas y morales de esta situación tampoco escapan a nuestra mirada. Vemos cómo se desintegran las familias y se exaspera la convivencia conyugal. Somos testigos del deterioro psíquico de las personas. Se ha hecho común encontrar gente angustiada que ya no sabe qué hacer ni a quién recurrir. Apatía, frustración, atomización, agobio, desesperanza, son algunas de las palabras que expresan algo de lo que atestigüamos. Esta situación, tan extensa como el país, se relaciona también con la crisis internacional y con una desorbitada deuda externa que pesa sobre todos los chilenos. En Chile, como en toda América Latina, no se ve cómo cancelar esta deuda sin deteriorar aún más las posibilidades de vida y desarrollo de sus pueblos”. (Orientaciones Pastorales, Episcopado de Chile nn. 29 a 31).

Vivimos rodeados de signos de consumismo

materialista. Todo se consume, hasta las personas, tratadas como objetos de propaganda, de placer o de producción de artículos o servicios.

Los hombres y mujeres contemporáneos están siendo marcados por esta manera de vivir y como no pueden satisfacer sus necesidades de consumo llegan hasta sacrificar su propia dignidad de persona. El "tener" ya ha reemplazado al "vivir" y se vive por las cosas que buscamos con ansiedad. La Iglesia desea una cultura de la solidaridad por sobre la cultura del temor; pero la cultura de muerte nos hace algunas veces pasivos e inertes.

Los signos de la Vida.

Por todas estas razones son de suma importancia los signos de una cultura de vida y de esperanza. Volvamos la vista a las Bienaventuranzas. La vida traspasada por las Bienaventuranzas muestra con hechos un llamado que hoy tiene actualidad; es realmente humanizante, porque libera de todo lo que nos deforma para hacernos entrar en el camino de la feliz humanización, tomando como referencia el Único que puede hacernos felices. Evangelizar es anunciar a Jesucristo vivo y presente como salvador de nuestro mundo, es salir de nuestra pasividad y

entrar con El en este mundo para hacerlo mejor y crear posibilidades reales de vivir con alegría.

Vida auténtica en la justicia.

Si hay honestidad, habrá que trabajar por construir una política diferente en la repartición de las riquezas. El problema no es sólo luchar contra la pobreza sino, principalmente, encontrar una justa distribución de los bienes y de la tierra, que Dios entregó al hombre "para dominarla y ser un señor". Este señorío sobre la tierra no es privilegio de unos pocos y Jesús habló para todos los hombres al pedirles que cultivaran la tierra y fueran sus dueños. No es sólo la tierra sino todo lo que produce la tierra. Se trata de los bienes, del progreso técnico, de los avances científicos.

Cuando Juan Pablo II dice en Chile que "los pobres no pueden esperar" y que no bastan las migajas que caen del remanente de los ricos, está urgiendo a los cristianos a buscar una respuesta real y concreta al problema. Es de vital importancia trabajar por una cultura, por un sistema en el cual se recupere la armonía básica del plan de Dios. El modelo económico liberal individualista es un atentado permanente al pobre que, para un cristiano, es el rostro de Jesús.

Escuchar la llamada de la vida.

Necesitamos acoger el Reino que nos revela nuestro hermano cristiano o católico, o nuestro hermano que lo vive sin aún conocerlo, para poder cultivarlo y hacerlo crecer y dar frutos. Acoger la Palabra de Vida y dejarnos tomar por ella, hacer silencio en nosotros para que hable la vida y nos enseñe sus caminos. Tarea múltiple, pero unificada por la fuerza unificante de la vida. Unificada en una persona que es Jesús. Es también aprender que la vida cristiana se verifica en la vivencia del Reino, en la fidelidad a las Bienaventuranzas y que todos los otros elementos no están sino para revelar y hacer crecer estas realidades.

Es necesario profundizar la senda de Jesús y ser, con Él, hombres poéticos y creativos, sin amarras; libres y capaces de atrevernos a vivir; con un espíritu crítico y constructivo para recrear el mundo nuevo; solidarios de todos los hombres, sensibles ante todo lo humano; justos para darle a cada uno lo que le corresponde, viviendo la alegría de dar y ofrecer y de perderse humanamente; verdaderos con esa manera de ser verdaderos de Jesús. Y así sucederá que en el mundo donde crece la cultura de la muerte y del consumo, nosotros podamos traer, en nombre de Jesús, la cultura del amor, de la solidaridad, siendo

pacíficos y pacificadores, habiendo integrado en nuestra vida la justicia, la verdad y la libertad.

Tres temas básicos: justicia, misericordia, pureza del corazón.

Humanizar la naturaleza y respetar la cultura significa asumir algunos problemas fundamentales de la vida diaria. Al menos veo tres temas básicos relacionados con el tema de las bienaventuranzas: la justicia, la misericordia y la pureza del corazón.

1. La justicia es, en lenguaje bíblico, sinónimo de santidad. Esa es la justicia que buscan los cristianos, transformados por el amor de Dios. Se harta de esa "hambre y sed de justicia" que propone Jesús (Mt. 5,6).

Hay grandes valores en la justicia distributiva y en la justicia social, pero Jesús enseña un estilo y una forma de Justicia superior, frecuentemente ignorada, ya que muchos suelen conformarse con una justicia casi farisaica, que nada tiene que ver con la justicia sinónimo de santidad.

"Si vuestra justicia no es mayor que la de los fariseos, no entraréis al Reino de los Cielos", dijo Jesús.

Es un concepto de justicia diferente. Se puede pensar en una "justicia nueva", que aparece con-

trapuesta a la “justicia antigua” del Antiguo Testamento.

“El combate por la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta plenamente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, que es la misión de la Iglesia para la redención de la humanidad y su liberación de toda situación opresiva” (Sínodo de Obispos, 1971).

Los cristianos han explorado el terreno de la justicia distributiva. Pero mientras lo hacían, se les han escapado otros muchos terrenos cruciales. Resulta urgente someter la cultura y el papel del Estado como definidor de la cultura nacional, a un sano discernimiento de espíritu. Como cristianos, no podemos contentarnos con una concepción positiva y liberal de la cultura, entendida como manera social y nacional de existir. El hambre y la sed de justicia tienen que buscar, igualmente, un lenguaje y un estilo nuevo de expresión.

2. Al humanizar la cultura, al respetar las culturas de vida, aparecerá fuertemente la bienaventuranza de los *misericordiosos*, que humanizan las relaciones humanas porque eleva al verdadero amor, a la ternura, a la compasión entendida como “padecer con el Otro”.

En el Congreso sobre el Medio Ambiente (Talca 1986), se destacó la vida afectiva y el amor como un elemento no contabilizado que explica la supervivencia de quienes reciben salarios que no alcanzan materialmente para sobrevivir. Es muy difícil entender cómo puede vivir una familia donde la cesantía es permanente; y la única razón posible está en la fuerza del amor.

Dios es misericordioso y todo es Misericordia. El problema ecológico de las relaciones humanas de las diversas razas y culturas, de las diversas generaciones, sólo se puede resolver bajo la perspectiva de esta bienaventuranza. No me extenderé en estos aspectos de la misericordia y los misericordiosos, pero aquí está una llave fundamental para vivir una cultura de vida y encontrar una espiritualidad a la Ecología. Nuestro tiempo es duro y muchas veces hay actitudes implacables y vengativas. La selva de la muerte en que vivimos necesita del manto de la misericordia para superar los odios y los resentimientos que nos dividen y destrozan.

3. La vivencia de las bienaventuranzas, en esta cultura evangelizada, desemboca necesariamente en un *corazón puro*, en una mirada transparente, en una simplicidad interior, porque “los puros de corazón verán a Dios” (Mt. 5,8).

“Ver a Dios” es un término bíblico que está dirigido a quienes tienen un corazón limpio, pureza interior y una fidelidad en crecimiento. Quien tiene un corazón puro no colocará ningún ídolo entre él y Dios.

El corazón puro es el que ha sido liberado de las antibienaventuranzas. La visión de Dios y la pureza del corazón se van complementando y enriqueciendo. Es un diálogo que se hace bienaventuranza.

“El corazón puro es como una copa de cristal que tiene todas sus caras idénticas. No hay una cara luminosa y otra oscura.

Coinciden lo interior y lo exterior. El corazón puro habita en la luz. No hay en él una cara aparente de inocencia y otra cara oculta de fiera salvaje, defensiva y agresiva. El corazón puro no está dividido”.

El corazón puro es tal precisamente porque no hay ningún ídolo entre él y Dios. Es por excelencia el hombre de la Alianza.

Si los cristianos en la Iglesia tienen un corazón puro, no podrán aceptar un Imperio poderoso y ambiguo basado en el dinero y no en los medios del Evangelio.

Una Iglesia de corazón puro no puede mezclarse indiferentemente con todos los poderes de este

mundo, integrándose sin más en cualquier sistema económico, político o cultural.

Nadie puede quedar indiferente.

Las bienaventuranzas son deseadas y fascinantes, pero también son dolorosas y terribles, porque no pueden dejar indiferente a quien las toma en serio.

Fueron pronunciadas para cambiar el mundo y necesitan de todas nuestras energías para hacerlas realidad con la fuerza y la Gracia del Espíritu Santo.

Los santos así lo entendieron. María, la mujer bienaventurada, será siempre el gran modelo de quien vivió el Sermón de la Montaña, que Ella también logró expresar en el Magníficat (Lc. 1,46-55).

Las bienaventuranzas necesitan la colaboración humana para llevarlas a la realidad. Necesitan nuestras manos, nuestras vidas y todo nuestro ser. Sólo así será posible transformar el mundo y evangelizar la cultura para darle sentido pleno a la naturaleza.

Las Bienaventuranzas hablan de Dios y leer el Sermón de la Montaña es leer el corazón de Dios. Allí está el gran tesoro de la Iglesia y, con razón, Gandhi decía que “el día en que los cristianos vivan

las bienaventuranzas, toda la India se convertirá al cristianismo”.

San Francisco de Asís, que ha estado presente en la redacción de estas páginas, es el patrono cristiano de la Ecología. Francisco vivió las bienaventuranzas y la radicalidad del Evangelio, y esa es la fuente que lo ha hecho ser uno de los hombres más extraordinarios de la historia. En su rostro y en sus actitudes será posible entender mejor una verdadera espiritualidad ecológica.

EPILOGO

Ignacio IV, Patriarca de Antioquía, el 10 de Marzo de 1989, entregó un hermoso mensaje en un Congreso de Ecología realizado en Suiza.

Presentaré algunos fragmentos de ese texto que complementan las reflexiones sobre este tema:

“Si la naturaleza no es transfigurada, ella se desfigura. Hoy día estamos amenazados a la vez por la barbarie y por el suicidio de las especies. Ha llegado el momento de un compromiso cristiano que proteja la creación”.

“Sólo la fuerza más alta, la del espíritu unido al corazón, puede retomar el lenguaje de ascética ortodoxa y afrontar los desafíos de la técnica. La ascética es necesaria para luchar contra los intentos de dominación posesiva y contra las fuerzas ciegas que se refugian en el placer”. Es necesario crear una corriente de simpatía con la naturaleza que así podrá hacer frente a la masacre del mundo animal y vegetal”.

Junto con esta ascética y esta corriente de simpatía con la naturaleza, el Patriarca Ignacio plantea la necesidad de lo que él llama un “exorcismo creador”.

“Es necesario exorcizar el totalitarismo invasor de una técnica sin finalidad, lo cual no significa descalificar o limitar la búsqueda científica. Por el contrario, se trata de orientar esta búsqueda para hacerla más abierta y más atenta a la vida. Es luchar, en nombre de la verdad de los seres y de las cosas, contra la eterna tentación de Prometeo, que desea construir un mundo pequeño donde el hombre quiere ser “un pequeño dios”.

“Necesitamos aprender a mirar y a respetar con una “razón contemplativa” y no con una “razón instrumental”. Así, el exorcismo se hace creador y abre otra mirada sobre las realidades, en una búsqueda más profunda que descubre un mayor encanto de la naturaleza.

El hombre será adulto frente a la técnica cuando pueda decir sí o no a sus sugerencias. El problema de la civilización técnica es un problema de sentido o significación. El sentido de las cosas no puede venir de la técnica, sino del hombre que se reconoce imagen de Dios y aborda el mundo como don y palabra del Señor.

El Patriarca llama a una “obra común de vivificación”, con un gran respeto por la naturaleza, con gran fidelidad a la tierra y recuerda un texto de los hermanos Karamazov: “Amen la creación en su conjunto y en sus elementos, cada hoja, cada rayo del sol, los animales y las plantas. Amando cada cosa comprenderán el misterio divino que existe en ellas y esta comprensión, si es progresiva, les llevará al amor universal”.

“Llamamos a esta obra común de vivificación, en la cual todos los cristianos comparten su experiencia y sus esperanzas, ya sean cristianos del Este o del Oeste, del Norte o del Sur”.

Así los cristianos podrán darle una dimensión cósmica a su oración, a su vida sacramental, a la Palabra de Dios.

Los que han colocado el acento en la Palabra de Dios reconocerán que el mundo también es Palabra de Dios y lo tratarán con respeto. Los que ponen el acento en la Eucaristía logran extenderla a la existencia cotidiana con sus responsabilidades históricas. Palabra y Sacramento deben penetrar y llevar a la vida del universo la fuerza de la Resurrección.

Esta obra común de vivificación provocará una revolución espiritual, cuyas repercusiones se

proyectarán en la vida social, en la vida económica y política.

“Nosotros, hombres del fin del segundo milenio, tan a menudo huérfanos de lugar y sin fuego, encontramos en Cristo nuestra casa y nuestra paz. Y el Cristo une al cielo, la tierra y la Iglesia en su profundidad. Es el mundo en proceso de cristificación.

Y el Patriarca Ignacio termina: “La revelación bíblica y evangélica ha desacralizado la tierra no para abandonarla a la fuerza de la nada, sino para transfigurarla. Hoy ya no existe la Madre Tierra Todopoderosa. Que la tierra sea la novia que debemos proteger para llevarla a las bodas del Cordero”.

+ CARLOS GONZALEZ C.

Obispo de Talca